

Castillo de Peracense

Desde Bezas, desde el singular observatorio de Peña la Cruz, siempre hemos mirado allá al Norte, donde queda cerrado el horizonte con la imponente mole del Cerro de San Ginés, símbolo de una rica zona minera, Ojos Negros, no hace mucho fuente de trabajo y riqueza de la zona, cuya veta, –hoy injustamente denostada– dicen los entendidos que va a parar a las estribaciones de la Ibérica, confirmado por las múltiples muestras de viejas minas y el estallido minero surgido en pueblos, como Bezas, convertido en un pequeño Eldorado, a donde dirigían la mirada ilusionada y sus pasos más de un habitante de los pueblos de al lado, y que constituyó una experiencia minera, todavía no explicada, durante más de una década. Pero todo se marchó al garete, hundiendo al pueblo en la desolación.

En los primeros tramos de la ruta no notamos cambio alguno, nuestro Rodeno nos acompañará casi hasta las mismas casas de Albarracín. Dicen que el castillo de Peracense está en un gran peñasco de rodено; pero antes vamos a atravesar territorio distinto.

Nada más abandonar Albarracín, nos metemos por una pista que atraviesa lomas, altiplanicies y vagos, cubiertos de sabinas y carrascas, que casi son un plagio de nuestra meseta turboleta del Sur, y nos introducimos en una de tierras de labor, también copia de las nuestras, en una enorme paramera, que por Pozondón, pueblo muy bien cuidado, –como casi todos de la Sierra– nos conduce a Ródenas, donde ya nos topamos nuevamente con moles de piedra colorada, que nos recuerda nuestro Rodeno.

Atravesamos Ródenas, contemplando las edificaciones de mampostería de piedra rodена que tanto nos gustan, por bien conocidas que nos son en nuestro pueblo. Bonito y bien cuidado pueblo, –un saludo de este Bezano, Carlos– y ya entre estepas y majestuosas estatuas, gigantones que parece haber sido expresamente clavados, nos abocamos hacia Peracense, para topar con este enorme monumento al tesón y valor de una raza, cuya voluntad y esfuerzo, su capacidad para soportar la adversidad, fueron capaces de superar los mayores obstáculos. Qué parecido y qué distinto a la vez, este paisaje de rodено que estamos contemplando, con el que tenemos por allá...! La contemplación y comparación de las imágenes, muestra a las claras lo que esta zona debió ser, de sus extintos pinares, y de los que también lo nuestro puede llegar a convertirse, si no somos capaces de llegar a establecer una correcta armonía entre los pinares y la gente; si

no abandonamos políticas e ideas caducas y nos dedicamos a mejorar planteamientos, corregir defectos, educar con convicciones, jamás con estúpidas prohibiciones, hacer un esfuerzo en lo educativo, no en lo represivo.

Con mi acostumbrada curiosidad, escudriño hasta el último rincón del castillo, del que enseguida me he enamorado. Me recuerda a nuestro castillo natural troglodita de nuestra Peña del Hierro de las Tajadas de Bezas, esa gigantesca mole de 150 metros de largo, como la cubierta de un enorme barco, que capitanea este singular contorno del Rodeno de Bezas, habitado allá por el año "maricastañas", con las huellas indelebles que allí dejaron sus habitantes.

Pero existe una gran diferencia entre este retador Castillo de Peracense y la Peña del Hierro. Aquí en Peracense, el sol todo lo achicharra, el paisaje aparece calcinado, sólo la longeva y dura estepa y algún gayubazo logran destacar; allá en Las Tajadas de Bezas, la fronda multicolor y multiespecies es impresionante y los pinos se encaraman a los peñascos, componiendo estampas inolvidables. Nos gustó el pueblo de Peracense, donde en la construcción no se olvida el paisaje de rodano. Pueblo éste que quiere vivir, olvidar la página negra en su historia, este cierre de las minas de Ojos Negros, que no puede olvidar, porque como, para escarnio y mofa, todavía quedan las vías de un tren que dio vida y que el olvido de quienes todo lo pueden no ha sabido trocar por otros medios de vida. Hablé con sus gentes encariñadas de su pueblo, que se resisten a abandonar, que no pueden olvidar aunque estén fuera. Y todo eso me hizo pensar en mi pueblo, degradado por la locura que supuso la emigración, propiciada por absurdos y mal orientados planes de industrialización. Pueblos con aprovechables infraestructuras, que habla bien de sus gentes; pero que no despegan, algo les falta. Comimos en el Hostal Ramiro, frescos y tranquilos. Me quedo tranquilo, he conocido otro bello rincón de nuestra Sierra. Me pesaba el sonsonete de las gentes: ¿y no conoces el castillo de Peracense?